



VAGAMENTE FAMILIAR

De Carlos Balmaceda

Vagos recuerdos compartidos, inventados, tal vez, para encubrir el horror. Dos vidas que se recrean al frío del olvido. Quizás el hombre trabajó sobre su cuerpo en otros tiempos para despojarla de su ser. O ella tal vez haya sido la encargada de hacerlo. Poco importa. Hoy son los que, aferrando las palabras como arena dicen ser. "Vagamente Familiar" es una historia sobre la identidad transformada y encubierta, con dos que eligen atar historias sueltas, recontar sobre la marcha y tender zancadillas al horror por el atajo del absurdo.

VOZ en off de una nena:

Todos venían en fila como vamos al jardín. Unos se hacían pis y los otros no y después se iban al agua y se tiraban de cabeza en el mar y los otros se hacían caca.

(canturreando) ¡Saltaban en las camas! ¡La luz se prendía y apagaba! Y después no me acuerdo más.

(ELLA y EL de frente al público, sentados, las rodillas juntas. No se mueven. Miran fijo hacia delante)

EL: Ya le dije que no...

(De inmediato ELLA se contiene. Mira hacia delante, seria. Ambos se vuelven a quedar quietos, entonces EL, es quien comienza a mirarla de soslayo)

ELLA: Ya me dijo que no.

EL: ¿Ya? Pero usted no me lo dijo...

ELLA: Es igual, pero si usted quiere...

EL: ¿No nos conocemos de algún lado?

ELLA *(seca, gira el cuello como un resorte y vuelve luego de responder a su posición)*
No.

EL *(como para sí)* Ahora sí.

(Silencio, los dos se quedan quietos varios segundos. Poco a poco se mueven incómodos, EL se contiene, a punto de decir algo, hasta que finalmente la mira exigiendo una respuesta con los ojos. Ambos asienten nerviosos)

ELLA: Diga... diga...



EL: De un lugar de trabajo...

ELLA: Usted me es vagamente familiar... ¿Cuándo fue eso?

EL: Unos veinte... diez años... dos años...

ELLA: Tal vez lo hicimos juntos.

EL: Si es así, quizá usted y yo...

ELLA: Es posible, yo tengo una cicatriz acá (señalándose la pierna) sobre el pecho izquierdo...

EL: Nada personal, nada... pero tal vez nos conozcamos de allí... ahora que la escucho... esa voz... si grita su nombre voy a saber quién es...

ELLA: Si usted grita el suyo, yo también...

(Ambos gritan salvajemente señalándose con el dedo índice)

EL: Norma Graciela Peñalba

ELLA: José Ramón Ramírez

EL: ¿Siempre usó ese nombre?

ELLA: El nombre de una persona es la persona... ¿satisfecho?

EL: Pero las personas cambian siempre. Así que podría cambiar el nombre...

(EL y ELLA vuelven a gritar, intempestivamente)

EL: La Perra Maidana

ELLA: El Lobo Ramírez

ELLA: Nombres de fantasía

EL: Nombres de guerra.

(Vuelven a quedarse en silencio)

EL: No reconocí su voz...

ELLA: Es que ya no grito como antes

EL: Casi... iba a decir: es que ya no me llamo como antes...

ELLA: No, me llamo como antes... *(piensa)* No me llamo como antes...

EL: No entiendo.

ELLA: Es que yo *me llamaba*, a los gritos me llamaba, del futuro me llamaba... quizás nos conocamos de ahí.

EL: Era tan grande.

ELLA: O amistades comunes, la gente siempre conoce a una mujer que conoció a un hombre que salió con una amiga que fue atropellada por una persona que fue a su vez muerta por otro que circulaba por ahí.

EL: Ya está ¿Usted no es pariente del almirante Taboada?

ELLA: Era novio de una amiga mía... yo trabajaba en... la empresa, en la misma empresa, de archivista... *(se señala la pierna)* Qué chico es el mundo... ¿Y usted qué es del almirante Taboada?

EL: Nada, yo no lo conozco, ¿dije almirante Gutiérrez?

ELLA: No, no, usted dijo almirante Gorriti, claramente se lo oí decir, almirante López...



EL: La luz como un caudal de agua se echaba por los ventanales, para blanquear los cuerpos que se volvían lechosos, que eran como ranas pálidas, los cuerpitos flacos, las costillas, puntudas, las tetas de las mujeres que se desbandaban una para cada lado, con los pezones como dos gemidos oscuros era lo único que relumbraba cuando el elástico crujía y la puntita de cobre los besaba. Yo era uno en ese lugar y ellos estaban flacos y sin formas como víboras blancas...

ELLA: Quizá de la infancia. ¿Usted no jugaba en la placita Gutiérrez, la que está entre Gorriti y Taboada?

EL: Claro... Unas trenzas... rubias... la hamaca

ELLA: Pero... ¡qué plato! ¡Lo que son las casualidades! ¡Qué chico es el mundo!
¡Parece mentira! Parece mentira...

EL: Parece mentira. Me acuerdo de usted, puedo acordarme de usted, pero no de mí.

ELLA: Haga memoria...

(EL niega con la cabeza)

ELLA: Usted llevaba la cabeza engominada...

EL: Mamá nunca me engominó.

ELLA: Pero sí, pero sí, polerita de morley...

EL: Me parece que tiene razón...

ELLA: Yo jugaba al elástico con otras nenas, estaba en el medio, estirado... jugamos toda la tarde...

EL: ... Y aparecimos acá.

ELLA: Así es la vida. Hoy estamos, mañana también estamos...

EL: ¿Usted no vivió en el exterior?

ELLA: Sudáfrica...

EL: Eso es... eso es... de allí nos conocimos ¿cuándo fue eso?

ELLA: Unos veinte... diez años... dos años...

EL: De ahí era.

ELLA: ¿Usted es empresario?

EL: No... yo era...

ELLA: ¿Piloto?

EL: No diría eso exactamente...

ELLA: ¿Maestro?

EL: Usaba delantal

ELLA: Heladero...

(Ella sigue adivinando los probables oficios)

EL: Guía de turismo... eso ¡Qué memoria la mía!

ELLA: Aprendí a dejarme. El alambre de cobre me cosquilleaba entre las piernas y las cabezas de tres o cuatro en sombras altísimas contra las paredes de azulejos blancos (eran blancos los azulejos con olor a pinoluz) se asomaban oscureciéndome el cuerpo. Era como el olor a caramelo que mamá le ponía al flan el pelo chamuscado, flotaba en



el olor yo, mi cuerpo, era hermoso mi cuerpo, y convulsionado, atado con correas de cuero, parecía un potro, más bien una yegua con el pelo bien puta, rojo, derramado sobre un ojo

EL: A los más lieros los sentaban adelante, eso era lo que tenían las hermanitas ¿no se acuerda?

ELLA: No.

EL: Que a usted nunca la sentaron, porque en esa época no hacía lío...

ELLA: ¡Aahhh! Yo todo diez, toda aplicación...

EL: Bueno, más o menos

ELLA: *(lo mira fijo mientras dice entre dientes)* Todo diez

EL: Sí, ahora que lo dice... en esa época estaba en el coro...

ELLA: Ahora que lo dice... Es que ya no grito como antes...

EL: Cantó en el coro, tomó la comunión, la fiesta de quince...

(ELLA niega con la cabeza)

EL: Pero sí, pero sí, vestidito rosa, no bailó por lo de... *(El se señala la pierna)*

ELLA: Y aparecimos acá...

EL: Ya está.

ELLA: Qué tranquilidad recordar... ¿Y ahora en qué trabaja?

(El parece sorprendido por la pregunta, no sabe bien qué responder; la mira desconcertado esperando que ella le diga, mientras levanta el mentón requiriéndole esa ayuda)

ELLA: Si me lo dijo hace un rato...

EL: ¡Ah, sí, en la televisión! Bueno, trabajo con gente vinculada a la televisión...

ELLA: Cómo me gusta la televisión, me entretiene, me distrae, me hace pensar en otras cosas,

EL: ¿Y usted qué hace?

ELLA: Nada, bueno, soy ama de casa, soy una señora de su casa... la señora de Taboada...

EL: ¿Taboada dijo?

ELLA: No, no, Gutiérrez...

EL: Creí que había dicho Gorriti...

ELLA: Escuchó mal, *dijo* mal...

EL: ¿Usted no es nada de su hermana?

ELLA: ¿De la mía? La hermana.

EL: No, digo de la hermana de su marido...

ELLA: Más que la cuñada... ella siempre fue ambiciosa, no paró hasta estar en el gobierno...

EL: ¿Qué gobierno?

ELLA: No importa, ella siempre quiso estar en el gobierno, en un gobierno... en cualquier gobierno...



EL: ¿Quién es ella? ¿Porqué quería estar en un gobierno...?

ELLA: Eso lo supo después...

EL: ¿Qué cosa supo después? ¿Quién es ella?

ELLA: No, que quería estar en un gobierno lo supo después... quién es ella, no sé si lo sabe...

EL: Es curioso como se vincula uno a la gente...

ELLA: Mire nosotros, habernos conocido trabajando...

EL ¿Trabajó ahí entonces?

ELLA: Sí, trabajar siempre me hizo bien, el trabajo es salud, dicen. ¿Usted... usted es algo de toda esa gente?

EL. ¿De los que estaban ahí?

ELLA: De todos ellos.

EL: Ahora... a veces pienso que sí....

ELLA: ¿Y cómo son ellos?

EL: Como garras...

ELLA: ¿Con quién se juntan? ¿Se parecen a usted?

EL: No...

ELLA: Tienen hábitos raros?

EL: No sabría decirle...

ELLA: ¿Los tiene usted?

EL: Voy al río... a pescar...

ELLA: ¿Qué pesca? ¿Qué pesca? ¿Qué hay en el río?

EL: Nada... nada...

ELLA: ¿Lo relaja estar ahí? ¿Lo relaja?

EL: Tiro el medio mundo, no saco nada... y eso solo me pone feliz como un chico...

ELLA: El reflejo de una bombita de pocas bujías destella en el agua marrón que al derramarse más allá del balde revela su consistencia espesa, achocolatada, importunado el líquido por coágulos mansos que alguno se sacó de adentro. Flotan los pedazos de carne, contoneada el agua por las vibraciones de la música, y por ser carne, y por moverse, parecen pescaditos, un poco toscos sí, nadando en las aguas marrones. Mi trabajo hoy es mirar la cara delineada como por lápiz fino del chico, el pelo brillante y negro en donde también la luz reverbera antes de que un tironeo seco la hunda en el balde para sacarla, corrompida y pegoteada. Mi trabajo es escucharlo decir que ya les dijo que no.

EL: ¿Pero que hacía ahí? ¿Qué?

ELLA: ¿Pero no se acuerda?

EL niega con la cabeza

EL: ¿Y después?

ELLA: Viajó a París, trabajó de taxista, lustracopas, cuidaparques, entró en una editorial que publicaba libros iraníes y tailandeses para las pequeñas comunidades de



Francia, poco a poco mejoró su condición, accedió a lujosas recepciones oficiales y conoció a una dama de alta alcurnia con la que se casó ya de regreso en su país, dedicándose entonces a los negocios, sus contactos fueron decisivos a la hora de trabajar, primero en seguridad, después en el negocio de bienes raíces, más tarde en automotores, registro, patentes y esas cosas, hasta que finalmente entró en la televisión, en la parte de concursos telefónicos.

EL: Qué perceptiva

ELLA: Es que las vidas tienen trayectos previsibles... la mía y la suya, sin ir más lejos...

EL: Entonces lo de la cicatriz fue un accidente de trabajo.

ELLA: Podría decirse

EL: ¿Tiene hijos usted?

ELLA: Mejor criar chanchos

EL: Pero tiene hijos.

ELLA: Tres, no, dos, no sé... ¿Y usted?

EL: Tengo, tengo... tengo... Cuando el sol planea sobre el río, el agua se llena de telarañas plateadas, como estrellas caídas que ahora flotan, ahora las cubre el agua, el cielo rojo y el motor que ronronea en el amanecer, los ojos a lo lejos, la luz del día que ensancha las pupilas, cabeceo

ELLA: ¿Pero tiene o no tiene?

EL: Tres. Tres chanchos, pero...

ELLA: ...mejor criar hijos...

EL: Si los tiene.

ELLA: Los tengo, los tengo.

EL: Son como pedazos de uno que se sacan.

ELLA Coágulos de pasado tirados al futuro.

EL: Esas palabritas...

ELLA: Son como garras. Yo tuve otros tres con el almirante Taboada, ¿Taboada, dije?

No más bien Gorriti, ¡Gómez, Gómez, eso! ¡O más bien no dije nada, no tuve nada...!

EL: (*calmándola*) ¡Déjeme hablar! ¡Así no se puede!

ELLA (*calmándose*) Está bien...

EL: ¿Con Taboada tuvo?

ELLA: No, más bien, con Gorriti...

EL: ¿Gorriti dijo?

ELLA: Gómez, Gómez, con él tuve...

EL: No, más bien, no tuvo nada. No tuvo nada.

ELLA: ¿Y entonces?

EL: Se confunde. Fue partera. Tanto arrancar, arrancar de otras, se cree que se los arrancaba de usted. Caba, caba auxiliar...

ELLA: Auxiliaba, cavaba...



EL: No, ca-ba, ca-ba. Primera de su promoción, con excelentes notas logradas gracias al rigor de las hermanitas que le machacaron y le machacaron y le machacaron...

ELLA: Y por el coro...

EL: Por el coro también, usted alcanzaba notas agudas. Gritaba, cómo gritaba, pero después fue aprendiendo: archivista ahí (*se señala la pierna*) secretaria ejecutiva en Sudáfrica, empleada de un lavadero en París, pintaba cuadritos por la calle en Bruselas y cuidaba chanchos en Suecia. Entró en el negocio de bienes raíces, más tarde en automotores, registro, patentes y esas cosas, hasta que al fin se convirtió en esposa y ama de casa cuyo hobby predilecto es llamar a los concursos de la televisión.

ELLA: Qué perceptivo...

EL: ¿Y ahora?

ELLA: Ahora... estamos acá.

EL: Cuénteme de ahora, cuénteme de acá

ELLA. De acá, de ahora no le puedo contar, porque ahora es ahora y acá es acá.

EL: Pero deberíamos saber algo.

ELLA: ¿Para qué? ¿Para qué? Con estar...

EL: ¿Y antes estuvimos?

ELLA: Si me fío en sus palabras...

EL: Lo que pasó, pasó...

ELLA: El tiempo es así...

EL: Yo sólo cumplí años.

ELLA: Eso no se discute.

EL: El tiempo no se discute

(Vuelven ambos a callarse y a las posiciones originales. Pasan diez segundos. Por momentos sus cuerpos apenas revelan cierta inquietud)

ELLA: Usted me es vagamente familiar... ¿No nos conocemos de algún lado?

EL: No, no, ya lo pensé yo también.

(Ella se levanta y se va, rengueando. De pronto, El la llama)

EL: El de los quince, su vestidito rosa, era de organdí.

(Ella gira, le sonrío, y entonces retoma su andar, ahora seguro y sin renguear. Vuelve entonces a la silla, mira hacia la platea, mira a EL, que se mantiene expectante de cada uno de sus gestos, se sienta, relajada y sonriente, para mirar al público y decir)

ELLA: Qué tranquilidad recordar

EL: Qué tranquilidad

Las luces se apagan lentamente mientras ambos sonrían